

Capítulo 719: Ley Absoluta y Abolición

"Seguro que ya has leído sobre este tipo de cosas. ¿Qué te digo? Incluso lo has vivido en carne propia.

¿El momento en el que el apuesto y arrogante héroe se encuentra bajo asedio de un enemigo, y en el momento en el que parece que el protagonista seguramente encontrará su desaparición, sobrevive porque simplemente está "construido de manera diferente" o algo así?

Es un tema común entre ustedes, seres inferiores. Este tropo de "¡pero esperen!". Es divertido, pero vergonzoso. Lindo, pero insignificante.

Los eones crean absolutos. Mediante el poder de las leyes, lo que desean se cumplirá y será eterno. Inamovible. No hay lugar para que la desviación externa altere su diseño.

Estas leyes crean principios que sólo dependen de la voluntad de su creador, permitiéndoles determinar qué puede o no puede suceder, cómo o por qué sucederá. Son el culmen de la creación. Toma toda imposibilidad y la escupe.

Ya has probado un poco de eso. Creas mundos a tu antojo y abres puertas a nuevos universos, que van mucho más allá de tu imaginación anterior.

Pero la diferencia en tratar con absolutos, es que ningún extraño común puede venir y destruir lo que has construido o cerrar la puerta que has abierto.

Una vez que una Ley Absoluta se mantiene, se mantiene hasta... bueno, hasta nosotros. Oblivion sonrió.

—¿Qué significa eso? —preguntó finalmente Abaddon.

"No te equivoques, hermano. Venimos a por todo. Sin importar el esplendor, la dedicación o las fuerzas que nos combaten, somos el fin de todas las cosas. Como es natural.

Por eso, sólo a nosotros se nos ha encomendado la gloriosa abolición.

Tenemos la responsabilidad de invalidar leyes todopoderosas y borrarlas a ellas, a sus creadores y a todo lo demás.

Todos debemos regresar a la oscuridad silenciosa. Somos una parte ineludible del ciclo de todas las cosas. Aunque tenemos restricciones..."

Cuando finalmente terminó con su explicación, Oblivion guardó el puntero láser que había estado usando durante la demostración.



De alguna manera, Abaddon se sintió como si estuviera nuevamente en un colegio comunitario en la Tierra.

"Entonces, si todo lo que has dicho es verdad..."

"Lo es."

—Entonces, ¿qué habilidad estaba a punto de usar, que justificaría que me trajeras aquí?

—Casi creaste una ley. Y no te molestes en preguntarme cuál, porque no te lo voy a decir. Oblivion asintió con firmeza.

"...¿Cuál?"

"¡¿Qué coño acabo de decir?!"

Abaddon se encogió de hombros.

"Escucha... Necesito ese tipo de poder. Si tengo que jugar un juego de absolutos para salvar las vidas de mis esposas, entonces eso es lo que haré".

Todo lo que Abaddon es y trata de ser, está en manos de las once mujeres con las que se casó.

Si perdiera incluso una de ellas, en el mejor de los casos se convertiría en un cascarón vacío.

En el peor de los casos, se convertiría en el mismo monstruo que los dioses ya pensaban que era.

Sin embargo, Oblivion todavía no estaba dispuesto a ceder en su negativa.

"Sé que estás pensando que no tienes otra opción que ésta, pero la tienes. Y ésta debe ser la última vez que tengamos esta conversación".

Abaddon apretó los puños con desesperación.

"Lo siento, pero tengo que salvarla. Y debo hacer que Lucifer pague".

De repente, Oblivion giró la cabeza hacia un lado y silbó.

"...¿Qué?"

"Nada."

"¡Oblivion!"

"¡Lláname Big-O!"

"¡Te llamaré una maldita ambulancia si no me dices lo que sabes!"



—¡Está bien, está bien! —Oblivion arrojó su puntero láser a la cabeza de Abaddon—. La verdad es que hay otra razón por la que te llamé aquí, aparte del tremendo error que estabas a punto de cometer. Tus acciones estaban a punto de hacer más daño que bien.

"¿Explícate?"

Oblivion suspiró. "Tu mejor oportunidad de salvar a Lillian era dejarla sacrificar todo lo que tenía. Alimentarla con nuestra energía solo retrasaría el proceso de su cuerpo".

Muerte.

Sacrificio.

Y Resurrección.

A Lillian no le dieron esas divinidades sin ningún motivo.

Como la mayoría de las divinidades del grupo, las suyas se alimentan unas a otras, para generar reacciones en cadena específicas.

Lillian entregó su cuerpo y alma por su hijo.

Si bien era seguro que moriría, también era seguro que resucitaría.

Sin embargo, el sacrificio y la resurrección no son baratos.

Lillian podría resucitar sin sus recuerdos, sus emociones, sus poderes, pero con toda seguridad habría regresado sin su cuerpo.

Sin mencionar que el momento real de su resurrección no sería instantáneo. Podría haber sido 7 días o 700 años.

Abaddon y sus otras esposas no podían pasar un solo día sin ella a su lado.

Entonces ¿cuál era la manera de ayudarla?

"Luchar contra el proceso natural de su cuerpo solo retrasará lo inevitable. La llenaste de energía, para que el proceso se ralentizara un poco, pero lo que deberías haber hecho era..."

Mientras Oblivion explicaba la única forma de ayudar verdaderamente a Lillian, Abaddon sintió que sus ojos se agrandaban ante la repentina iluminación.

Era un plan muy arriesgado y con muchas posibilidades de que las cosas salieran mal.

Pero sabía que ésta era la única opción posible.



"Muy bien... ¿Y ahora qué es lo otro que necesitas decirme?" preguntó Abaddon una vez que Oblivion terminó.

"¿Otra cosa? No hay otra cosa." Respondió inocentemente la entidad.

"No me mientas. Escúpelo."

Oblivion sonrió irónicamente, mientras se rascaba la nuca.

"Realmente no debería contarte tantos secretos sobre el Aeon en el que vives. Le quita toda la diversión a un observador externo como yo".

De repente, Oblivion comenzó a flotar hacia arriba, como una especie de mesías, mientras lucía una sonrisa burlona.

"Además, ¿no estás aquí acosándome porque ya estás pensando lo mismo?"

Abaddon se puso de pie cuando la habitación empezó a brillar blanca. "¿Qué estás haciendo? ¡Aún no hemos terminado!"

"¡No puedo escucharte por el sonido de mi salida todopoderosa y ruda!"

"¡¡Oblivion!!"

"¡Despierta, grandullón!"

* * *

La visión de Abaddon regresó al mundo real, apenas un par de segundos en el pasado. Lillian todavía se estaba desmoronando, pero él ya no gritaba por su sacrificio.

Ahora, simplemente estaba reteniendo a Seras y Sif, mientras intentaban correr hacia ella.

Abaddon cerró los ojos y calmó su dolorido corazón.

En su mente, podía ver claramente que, aunque Lillian se estaba derrumbando en cuerpo y alma, no necesariamente se estaba yendo.

Al menos, no todavía.

Usando su vínculo, Abaddon tiró de los pequeños fragmentos de su esencia descompuesta.

Los sostuvo con delicadeza y los atrajo hacia sí, donde hizo la cosa más estúpida que se pueda imaginar.

Se arrancó una parte de su propia alma para dársela.

El dolor era insoportable, pero no dolía más de lo que hubiera dolido perderla.





Él usó el pedazo, ahora separado y sin timón, de su alma como una especie de adhesivo, para mantener unida la esencia de Lillian, hasta que ella pudiera regenerar adecuadamente la suya propia.

Lo más importante es que unió su esencia con la suya y la de todas sus otras esposas. Instintivamente se unieron y la abrazaron con firmeza, como si la necesitaran más que el aliento en sus pulmones.

Porque la necesitaban.

Por último, pero no por ello menos importante, Abaddon le dio algo de su energía. No en un intento desesperado por mantenerla con vida y allí con él.

Era más parecido a la forma en que ella lo despertaba por la mañana: un suave y delicado empujón, que le hacía saber que él la estaba esperando.

Y eso solo pareció ser suficiente para resolver el problema.

Hubo un destello de luz, y una ola de energía hizo retroceder al trío de amantes preocupados.

Abaddon atrapó a Sif y Seras y las protegió a ambas con su cuerpo, mientras los escombros amenazaban con caer sobre ellos.

Después de apartarlas y asegurarse de que sus seres queridos estaban bien, verificó el progreso de sus esfuerzos.

Un cuerpo estaba siendo creado de la nada.

Vena por vena, célula por célula, todo estaba dando sus frutos.

Lo primero que vio fue su rostro, un hermoso y brillante color naranja dorado, como el sol en un gran día de verano. Sus labios carnosos habían desaparecido, pero sus brillantes ojos verdes seguían tan radiantes como siempre.

Desde el cuello hacia abajo, su cuerpo naranja estaba cubierto por una capa exterior protectora de carne, como magma enfriado; corriendo a lo largo de su cuerpo en un patrón escamoso de reptil.

La mayor sorpresa fueron sus piernas, o más específicamente, la falta de ellas.

En cambio, tenía un par de tentáculos negros y naranjas, que eran más grandes y gruesos que una persona adulta. Abaddon calculó que debía medir unos 3,6 metros con esas cosas.

En ese momento, Abaddon sintió que su cuerpo se movía en piloto automático.

Sus pies lo llevaron a pararse frente a Lillian, y se desplomó sobre sus rodillas frente a ella.





Ella tomó su rostro entre sus manos y su cuerpo tembló inconscientemente.

Su tacto era el mismo.

Suave y gentil, el tipo de toque que superaba cada tribulación en el mundo a sus espaldas, y le recordaba lo que era importante.

Pero aunque su amor era el mismo, algo no estaba bien.

Lillian tiró suavemente la cabeza de Abaddon hacia su estómago.

Con su frente presionada contra su ombligo, podía sentir la nueva vida que se gestaba dentro de ella.

Pero algo no iba bien. Su bebé estaba muy, muy débil. Tan débil que casi lo perdía.

Pero ahora que estaba prestando plena atención, podía verlo claramente.

Su hijo era humano.

